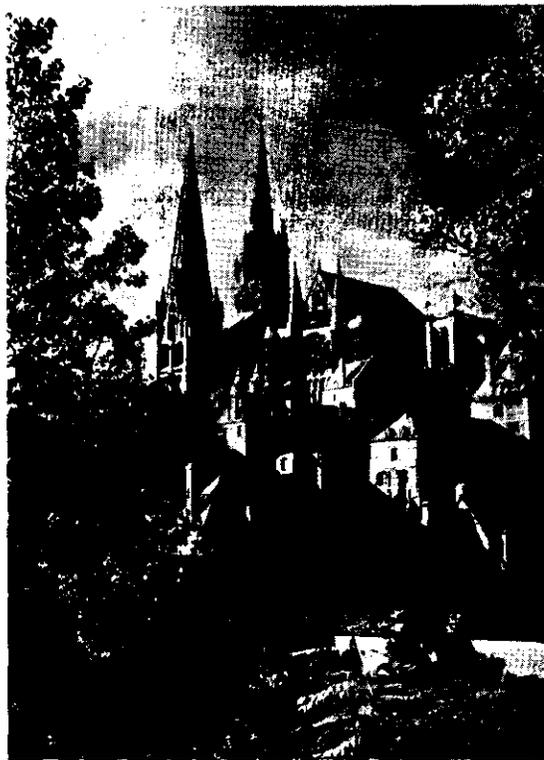


---

# LA TAPICERIA DE NUESTRA SEÑORA

---

Poemas de: *CHARLES PEGUY*  
Introducción y Traducción : *A. DARIO LARA*



- ¡Chartres y su Catedral...!
- ¡La Beauce y sus trigales: el pan, fruto de la tierra y del trabajo de los hombres; el pan nuestro de cada día!
- ¡Charles Péguy: el poeta de Notre-Dame, de santa Genoveva, de Juana de Arco; el testigo de la historia del hombre, de una historia divina de la humanidad. Y, en nuestro siglo descristianizado, un "doctor marial"!

.....  
Estos nombres, que evocan páginas gloriosas de la historia, de las artes, de la religiosidad de un pueblo amasado en el cristianismo, en el misticismo de los siglos de las Catedrales: han resonado en mi mente, han sacudido mi espíritu en las centenares de veces que,

abandonando París y su "mundanal bullicio", me he refugiado cerca de Combray —la ciudad de Marcel Proust, de "A la busca del tiempo perdido"—, a la sombra de las torres de la catedral de Chartres.

Estos nombres y los íntimos sentimientos que despertaban en mi alma se hicieron cada vez más intensos, a medida que hacia los años 70 mi vista comenzó a declinar de manera alarmante... Pronto en aquellos atardeceres, de la espléndida Catedral divisaba apenas una tenue lucecita que mantenía mi esperanza. A medida que aumentaba esta obscuridad, mi meditación se convertía en oración callada.....

Naturalmente nacieron algunos versos que han quedado en el olvido, pues pronto me dí cuenta que había algo más importante. Recuperada mi vista (¡milagro de la ciencia o de la esperanza!), no olvidé aquellas noches de obscuridad y angustia y volví a leer a Péguy que confesaba: **"Chartres es mi catedral; allí es donde he dejado mi corazón"**. Volví a frecuentarle, como en los días en que escribí mi estudio **"Alain-Fournier, Poeta"**. Consagré varias horas a traducir al español, especialmente los poemas de **"La Tapicería de Nuestra Señora"** que expresan, tal vez, lo más profundo de "ese genio de cierto hablar místico-popular", lo más extraordinario de una poesía que no se preocupa de la belleza del lenguaje ni depende de las reglas de la escritura. Poesía que viene del fondo de las edades por su lengua terrestre, repetitiva como una letanía, que encarna maravillosamente la mística de lo cotidiano. "Poesía auténtica del alma humana, hecha para encarnar lo divino".

El primer volumen de la nueva edición de "La Pléiade", en esta primavera de 1987, ofrece sus "obras en prosa completas" y evoca a esta personalidad más que nunca presente, como pocos entre los autores de este siglo. "Péguy, aquél que fué y no pasará", según Romain Rolland. Historiador, periodista, dramaturgo, es, ante todo y sobre todo, un poeta y poeta místico. Sus páginas, sus versos requieren honda meditación y amplios conocimientos históricos. Por lo mismo —hay que confesarlo— no es "un poeta para las multitudes".

De los poemas de "La Tapicería de Nuestra Señora", ofrezco aquí la traducción de la "Presentación de la Beauce a Nuestra Señora de Chartres", **"...con mucho, aquello que he hecho de mejor"**, confesaba Péguy a su fiel amigo Joseph Lotte. Un canto a Nuestra Señora, a **"la Catedral, allí donde la belleza se junta a lo divino; símbolo de la elevación del hombre a su Dios"**.

Charles Péguy (1873-1914) nació en Orleans. Educado cristianamente, cuando estudiaba en la Escuela Normal Superior de París, se alejó de la religión de su niñez. Hacia 1910, regresó a sus creencias religiosas y se convirtió en un apóstol del Cristianismo, a tal punto que el profesor Urs von Balthasar, teólogo suizo, coloca a Péguy entre los doce doctores, "los mayores genios del Cristianismo", entre los que cita a Agustín, Anselmo, Buenaventura, Juan de la Cruz, Pascal, entre otros. Para el poeta Pierre Emmanuel, Péguy es "el servidor del Verbo encarnado".

.....  
En la traducción de estos poemas, he tratado de guardar esencialmente la idea, sin la preocupación de reconstruir el alejandrino francés. Es decir, fiel a Péguy y sin la preocupación del lenguaje ni de las reglas de la escritura. He conservado rigurosamente, fuera de casos muy excepcionales, la puntuación de Péguy.

París, Abril de 1987.



Nº 1.17 - Prigov dans la fontaine de Chartres

## **PRESENTACION DE LA BEUCE A NUESTRA SEÑORA DE CHARTRES**

Estrella del mar, he aquí la extensa superficie  
Y la profunda marejada y el océano de trigos  
Y la movediza espuma y nuestros graneros repletos,  
He aquí vuestra mirada sobre esta inmensa capa.

Y he aquí vuestra voz sobre esta densa planicie  
Y nuestros amigos ausentes y nuestros corazones yermos  
He aquí a todo lo largo nuestros puños desencajados  
Y nuestra lasitud y nuestra fuerza entera.

Estrella de la mañana, inaccesible reina,  
He aquí que caminamos hacia vuestra ilustre corte,

He aquí la bandeja de nuestro pobre amor,  
He aquí el océano de nuestra inmensa pena.

Un sollozo ronda y corre más allá del horizonte.  
Apenas algunos techos forman como un archipiélago,  
Del viejo campanario vuelve a caer algo como un reclamo.  
La sólida iglesia asemejada a una modesta casa.

Así navegamos hacia vuestra catedral.  
De cuando en cuando sobrenada un rosario de molinos,  
Redondos como torres, opulentos y solitarios  
Como una hilera de castillos en el barco almirante.

Dos mil años de labor han hecho de esta tierra  
Un depósito sin fin para las edades nuevas.  
Mil años de vuestra gracia han hecho de estos trabajos  
Un descansadero sin fin para el alma solitaria.

Vos nos veis caminar en esta ruta derecha,  
Empolvados, enlodados, la lluvia entre los dientes.  
En este amplio abanico abierto a los cuatro vientos  
La carretera nacional es nuestra puerta estrecha.

Avanzamos adelante, las manos a lo largo de los bolsillos,  
Sin ningún aparato, sin fárrago, sin discursos,  
Con un paso siempre regular, sin prisa ni recurso,  
Desde los campos más presentes hacia los más cercanos.

Vos nos veis caminar, somos la infantería.  
No avanzamos nunca sino un paso a la vez.  
Pero veinte siglos de pueblo y veinte siglos de reyes,  
Y todo su séquito y toda su chusma

Y sus sombreros de pluma con su conjunto de lacayos  
Han aprendido lo que es volverse familiares,  
Y como se puede caminar, los pies en sus zapatos,  
Hacia un último cuartel en la tarde de la batalla.

Nacimos para vos al borde de esta planicie,

En el encorvamiento de nuestro rubio Loira,  
Y este río de arena y este río de gloria  
No está aquí sino para besar vuestra augusta capa.

Nacimos al borde de esta vasta planicie,  
En la antigua Orleans severa y seria,  
Y el Loira fluente y a menudo limoso  
No está aquí sino para lavar los pies de este collado.

Nacimos al borde de vuestra monótona Beauce  
Y hemos conocido desde nuestros tiernos años  
El pórtico de la granja y los austeros campesinos  
Y el cercado en el burgo y el azadón y la fosa.

Nacimos al borde de vuestra monótona Beauce  
Y hemos conocido desde nuestros primeros pesares  
Lo que puede encerrar de desesperanzas secretas  
Un sol poniente en un cielo escarlata

Y que se pone a ras de un suelo indeclinable  
Duro como una justicia, igual como una barra,  
Justo como una ley, compacto como una charca,  
Abierto como un bello pedestal y liso como una mesa.

Un hombre de nuestra tierra, de la gleba fecunda  
Ha hecho brotar aquí de un sólo arrebatamiento,  
Y de una sola fuente y de una sola incitación,  
Hacia vuestra asunción la flecha única en el mundo.

Torre de David he aquí vuestra torre bocerona.  
Es la espiga más resistente que nunca se ha levantado  
Hacia un cielo de clemencia y de serenidad,  
Y el más hermoso florón en vuestra corona.

Un hombre de nuestra tierra ha hecho brotar aquí,  
Desde a ras del suelo hasta el pie de la cruz,  
Más alto que todos los santos, más alto que todos los reyes,  
La flecha irreprochable y que no puede falsear.

Es la gavilla y el trigo que no se consumirá,  
Que no se marchitará al sol de septiembre,  
Que no se helará con las inclemencias de diciembre,  
Es vuestro servidor y es vuestro testigo.

Es el tallo y el trigo que no se podrirá,  
Que no se agostará con los ardores del estío,  
Que no enmohecerá en un invierno viciado,  
Que no temblará en la muerte común.



Nº 433. — Présentation de la Demme à Notre Dame de Chartres, gravure sur bois de Soulas. 1908.

Es la piedra sin tacha y la piedra sin falta,  
La más alta oración que nunca se ha dirigido,  
La más recta razón que nunca se ha lanzado,  
Y hacia un cielo sin orilla la línea más alta.

Aquella que no morirá el día de ninguna muerte,  
La prenda y la semblanza de nuestros desgarramientos,  
La imagen y el diseño de nuestros resurgimientos,  
La lana y el huso de los más modestos destinos.

Llegamos hacia vos del lejano Parisis.  
Hemos dejado por tres días nuestra tienda,  
Y la arqueología con la semántica,  
Y la estéril Sorbona y sus indigentes párvulos.

Otros vendrán cerca de vos del lejano Beauvaisis.  
Hemos abandonado por tres días nuestro negocio,  
Y el rumor gigante y la ciudad colosa,  
Otros vendrán cerca de vos del lejano Cambresis.

Llegamos cerca de vos desde París capital.  
Allí tenemos a nuestro gobierno,  
Y nuestro tiempo perdido en entretenimientos,  
Y nuestra libertad engañosa y total.

Llegamos cerca de vos desde la otra Nuestra Señora,  
De aquella que se yergue en el corazón de la ciudad,  
En su real ropaje y en su majestad,  
En su magnificencia y su rectitud de alma.

Como vos comandáis un océano de espigas,  
Allá vos comandáis un océano de cabezas,  
Y la cosecha de duelos y la cosecha de fiestas  
Se reposita cada noche delante de vuestro pórtico.

Llegamos cerca de vos del noble Hurepoix.  
Es un comienzo de la Beauce para nuestro uso,  
Granjas y campos tallados a vuestra imagen,  
Pero, más a menudo separados por cortinas de bosques,

Y separados lo más a menudo por profundos valles,  
Por el Yvette y el Bièvre y sus crecimientos,  
Y sus hábiles rodeos y sus desembarazos,  
Y por los hermosos castillos y las largas alamedas.

Otros vendrán cerca de vos del noble Vermandois,  
Y de las ondulaciones de abedules y sauces.  
Otros vendrán cerca de vos de palacios y cárceles.  
Y del país picardo y del verde Vendomois.

Pero es siempre Francia, o pequeña o más grande,  
El país de hermosos trigos y de los encajonamientos,  
El país de racimo y de las arroyadas,  
El país de retamas, de brezales y landas.

Hemos llegado cerca de vos desde el lejano Palaiseau  
Y de los arrabales de Orsay por Gometz-le-Châtel,  
Dicho de otro modo Saint-Clair; no es un castillo;  
Es una aldea a orilla de una carretera en bisel.

Hemos llegado, subiendo por aquel collado,  
Al nivel de la llanura y de Gometz-la Ville  
Por encima de Saint-Clair; no es una ciudad;  
Es una aldea a orilla de una carretera en altiplanicie.

Hemos descendido por la pendiente de Limours.  
Hemos encontrado tres o cuatro gendarmes.  
Nos han mirado, no sin ciertas zozobras,  
Consultar los postes indicadores en las encrucijadas.

Hemos podido reposar en la tranquila Dourdan.  
Es una importante aldea muy rica y que respira su provincia.  
Altivos seguimos de largo, mirados como un príncipe,  
Las fosas del castillo cortadas como una estrella.

En la casa amiga, hospedadora y fraternal  
Se nos hizo acostar en la cama del muchacho.  
Veinte años de recuerdos eran nuestro escanciador.  
Se nos partió el pan con una mano maternal.

Toda nuestra juventud estaba allí solemne.  
Se pronunció para nosotros el Benedícite.  
Cuatro siglos de honor y de fidelidad  
Hacían de las sábanas de la cama un lecho eterno.

Hemos fingido ser un alegre peregrino  
Y hasta un hombre regalón y amar los viajes,  
Y haber recorrido ciento treinta y un bailías,  
Y estar acostumbrados a recorrer caminos.

La claridad de la lámpara deslumbraba el mantel.  
Se nos hizo visitar el huerto.  
Daba al emparrado y a un hermoso vergel.  
Este fue el primer albergue y la principal etapa.

El jardín estaba cercado en un recodo del Orge.  
Hacia la derecha daba a un muro campestre  
*Coronado de ramas y de un arco ligero.*  
Al frente un herrero y el yunque y la fragua.

Nos hemos levantado aquella mañana antes del alba.  
Nos hemos separado luego de tiernos adioses.  
El tiempo se presentaba bello. Se nos ha dicho tanto mejor.  
Se nos hizo probar un estofado de buey,

Puesto que está entendido que el buen peregrino  
Es aquel que bebe con ánimo y ocupa su puesto en la mesa,  
Y que no necesita pasar por un tenedor de libros,  
Y que es bastante con levantarse en la madrugada.

El día estaba avanzado y el sol subía  
Cuando hemos pasado Sainte-Mesme y los otros.  
Avanzábamos ya como dos buenos apóstoles.  
Y la izquierda y la derecha era lo que importaba.

Hemos subido por el Gué de Longroy.  
Desde ahora se terminaron nuestras prórrogas,  
Y de la iniquidad de los desniveles:  
He aquí la llanura exacta y el pavor secreto

De hallarnos a solas y he aquí el acarreo  
Y la rueda y los bueyes y el granero,  
Y el polvo uniforme y el equitativo fango  
Y la misma angustia y el mismo desasosiego.

Hemos dominado la alta terraza  
Donde nada esconde más al hombre delante de Dios,  
Donde ningún disfráz ni el tiempo ni del sitio  
Nos podrá salvar, Señor, de vuestra cacería.

He aquí la inmensa gavilla y el inmenso atado,  
Y el grano bajo la muela y nuestras compresiones,  
Y la delgada gavilla y nuestros renunciamentos,  
Y el inmenso horizonte que la mirada abarca.

Y nuestra indignidad esta inmutable masa,  
Y nuestro servil miedo en semejante momento,  
Y el justo terror y el secreto tormento  
De encontrarnos a solas delante de vuestra faz.

Pero he aquí que sois vos, reina de majestad.  
Cómo hemos podido dejarnos defraudar,  
Y caminar delante de vos sin reconoceros.  
Seremos pues siempre ese pueblo desconcertado.

Este país es más liso que la mesa más lisa.  
Apenas un hoyo en el suelo, apenas un ligero pliegue.  
Es la mesa del juez y el acto consumado,  
Y el fallo sin apelación y el orden ineluctable.

Y es el fallo del texto insuperable,  
Y la medida colmada y el destino henchido,  
Y es la vida desplegada y el hombre sepultado,  
Y es el heraldo de arma y el sello temible.

Pero vos aparecéis, reina misteriosa.  
Esa aguja allá en el rizamiento  
De las mieses y los bosques y en el flotamiento  
Del horizonte lejano no es una encina,

Ni el perfil conocido de un árbol intercambiable.  
Es ya más distante y más baja y más alta,  
Firme como una esperanza sobre la última cuesta,  
Sobre el último collado la flecha inimitable.

De aquí cerca de vos, ¡oh reina!, no queda más que la ruta.  
Esta nos mira, hemos recorrido ya tantas otras.  
Vos tenéis vuestra gloria y nosotros las nuestras.  
Nosotros la hemos mermado, la consumiremos toda.

Sabemos lo que es un tramo que se añade  
Al tramo ya recorrido y lo que un kilómetro  
Requiere de buenas piernas y lo que requiere de esfuerzo:  
Esta noche pasaremos por el puente y la bóveda.

Y esa fosa profunda que rodea la muralla  
Caminamos al viento interceptados por los coches.  
*Aquí se halla la región impenetrable a la fotografía,*  
El camino desnudo y grave que va de parte a parte.

Tuvimos viento favorable para salir desde la mañana.  
Esta noche nos acostaremos a dos pasos de vuestra casa,  
En aquella vieja posada en donde por cuarenta centavos  
Dormiremos muy cerca de vuestra ilustre torre.

Estaremos tan extenuados que miraremos,  
*Sentados en una silla cerca de la ventana,*  
En un agobio del cuerpo y de todo el ser,  
Con ojos cansados, casi con ojos agrandados,

Y las cejas alzadas hasta nuestras frentes,  
El ángulo una vez hallado por un solo hombre en el mundo,  
Y la única subida ascendente y profunda,  
Y estaremos cansados y contemplaremos.

*He aquí el eje y la línea y la flor gigante.*  
He aquí la dura pendiente y el contentamiento.  
He aquí la exactitud y el consentimiento.  
Y la lágrima severa, ¡oh reina del dolor!

He aquí la desnudez, lo demás es vestidura.  
He aquí el vestido, todo lo demás es adorno.  
He aquí la pureza, todo lo demás es mancha.  
He aquí la pobreza, lo demás es ornamento.

He aquí la sola fuerza y el resto es debilidad.  
He aquí la arista única y el resto es resalto.  
Y la única nobleza y el resto es basura.  
Y la única grandeza y el resto es vileza.

He aquí la única fe que no sea perjurio.  
He aquí el único impulso que sabe elevarse un poco.  
He aquí el único instante que vale tener en cuenta.  
He aquí el único propósito que se acaba y que dura.

He aquí el monumento, todo lo demás es resguardo.  
Y he aquí nuestro amor y nuestro entendimiento.  
Y nuestro continente y nuestro apaciguamiento.  
Y la pequeñez de encaje y la exacta moldura.

He aquí el noble juramento, el resto es felonía.  
He aquí el único precio de nuestros desgarramientos,  
El salario pagado de nuestros atrincheramientos.  
He aquí la verdad, el resto es impostura.

He aquí el firmamento, el resto es procedimiento.  
Y hacia el tribunal he aquí el ajustamiento.  
Y hacia el paraíso he aquí el acabamiento.  
Y la hoja de piedra y la exacta nervadura.

Quedamos clavados en la silla de paja.  
Y no oiremos y no veremos  
El tumulto de las voces, el tumulto de los pasos,  
Y en la sala inferior la inocente francachela.

Ni los cocheros venidos por el día de mercado.  
Ni la fingida cólera y el estrépito de los juramentos:  
Pues contemplaremos y meditaremos  
En un solo abrazo la flecha sin pecado.

No sentiremos ni nuestros semblantes endurecidos,  
Ni el hambre ni la sed ni nuestros renunciamentos,  
Ni nuestras rígidas rodillas ni nuestros razonamientos,  
Ni en nuestros pantalones las piernas entumecidas.

Perdidos en esta habitación y entre tantos hoteles,  
No bajaremos a la hora de la comida,  
Y no oiremos y no veremos  
La ciudad prosternada al pie de vuestros altares.

Y cuando se levante el sol en la mañana,  
Nos despertaremos en una alba lustral,  
A la sombra de los dos brazos de vuestra catedral,  
Felices e infelices y tullidos del camino.

Venimos a suplicaros por ese pobre muchacho  
Que murió como un tonto en el curso de este año,  
Casi en la semana y en el día  
Cuando vuestro hijo nació en la paja y el afrecho.



¡Oh Virgen!, no era el peor del rebaño.  
No tenía sino un defecto en su juvenil coraza.  
Pero la muerte que nos sigue la pista y las huellas  
Pasó por ese hueco que se hizo en la piel.

Había nacido para nosotros en nuestro Gâtinai.  
Empezaba el camino donde nosotros volveremos a bajar.  
Ganaba todos los días todo lo que nosotros perdemos.  
Y sin embargo era él quien te destinabas,

¡Oh muerte! que fué vencida en una primera tumba.  
Había puesto sus pasos en nuestras mismas huellas.  
Pero la sola infracción de uno solo de los temores  
Dejó pasar la muerte por un camino nuevo.

Helo allí ahora en el interior de vuestra regencia.  
Vos sois reina y madre y sabréis mostrarlo.  
Era un ser puro. Vos le haréis entrar  
En vuestro patrocinio y en vuestra indulgencia.

¡Oh reina! que leéis en el secreto del corazón,  
Vos sabéis lo que es la vida o la muerte,  
Y así vos sabéis en qué secreto del destino  
Se cose y descose la astucia del perseguidor.

Y así vos sabéis sobre qué acento del coro  
Se enlaza y desenlaza un acompañamiento,  
Y lo que se necesita de espacio y de tala  
Para dejar saltar la jauría del montero.

Y así vos sabéis en qué altura del puerto  
Se prepara y se termina un noble levantamiento,  
Y gracias a qué juego de destreza y de gobierno  
Se oculta o se fija un ilustre soporte.

Y así vos sabéis con qué corte de la espada  
Se arma y desbarata un pánico,  
Y por qué empujón y qué balanceo  
Uno de los tablados desciende para que el otro se eleve.

Y lo que puede costar el labio del burlón,  
Y lo que necesita como fuerza y cruzamiento  
Para hacer por la jugada de una sola vuelta  
De un vencido infeliz un infeliz vencedor.

¡Madre! helo allí, pues, era nuestra raza,  
Y veinte años después de nosotros, nuestro incremento.  
¡Reina! recibidle en vuestra enmienda.  
Donde la muerte ha pasado, pasará también la gracia.

Nosotros, regresaremos por este mismo camino.  
Será de nuevo la tierra sin escondite,  
El castillo sin ningún rincón y sin ninguna mazmorra,  
Y este suelo mejor grabado que un perfecto pergamino.



**Et nunc et in hora, os rogamus por nosotros**  
**Que somos más grandes necios que aquel pobre muchacho,**  
**Y sin duda menos puros y menos en vuestra mano,**  
**Y menos encaminados hacia vuestras sagradas rodillas.**

**Quando habremos representado nuestros últimos personajes,**  
**Quando habremos dejado la capa y el abrigo,**  
**Quando habremos arrojado la máscara y el cuchillo,**  
**Dignaos recordar nuestras largas peregrinaciones.**

Cuando regresaremos a esta tierra fría,  
Así como fué prescrito al primer Adán,  
Reina de Saint-Chéron, Saint-Arnould y Dourdan,  
Dignaos recordar este camino solitario.

Cuando nos habrán puesto en una estrecha fosa,  
Cuando se habrá dicho por nosotros la absolución y la misa,  
Dignaos recordar, ¡reina de la promesa!,  
El largo camino que hacemos en la Beauce.

Cuando habremos dejado este saco y esta cuerda,  
Cuando habremos temblado nuestros últimos temblores,  
Cuando habremos gemido nuestros últimos estertores,  
Dignaos recordar vuestra misericordia.

No pedimos nada, ¡refugio del pecador!,  
Sino el último puesto en vuestro Purgatorio,  
Para llorar hondamente nuestra trágica historia,  
Y contemplar de lejos vuestro joven esplendor.



Nº 444. — Chartres, aquarelle de Poterlet.